



MADRID

## LA NIÑA PERDIDA Y LA VIRGEN DE LA ESPERANZA

Nuevo y verdadero romance en el que se declara la pérdida de una niña de tres años de edad, en la romería de la Virgen de la Esperanza, valle de Almena, provincia de Asturias, y habiendo transcurrido 17 años, vino á encontrarla un hermano suyo en Ultramar, en las montañas, y la trajo en clase de novia, sin conocerse, llegando á casa de sus padres el 15 de Abril de este presente año.

En el valle de la Almena se celebra una función, en una ermita que llaman de la Esperanza de Dios.

El día 15 de Abril con muy grande devoción el señor Fernando Sánchez con la esposa de su amor, llevando á su niña Gertrudis y á su hijo Ramón; la niña tiene tres años, es más hermosa que un sol.

Cuando salieron de misa, después de la procesión,

Ramón como mayorcito de la niña se encargó.

A las cuatro de la tarde, sin saber por qué ocasión, principió á correr la gente huyendo sin detención.

Acudió Ramón entonces, pero la Gertrudis no.

—¿Dónde has dejado la niña? su padre le preguntó.

—La niña se me ha perdido cuando la gente corrió; creí que me atropellaban, por eso me vine yo.

Los padres que oyeron esto  
sin aguardar más razones  
cada uno por su lado  
preguntan en alta voz:

—¿Quién da razón de una niña  
que hace poco se perdió?

Nadie les daba noticias,  
y apenas obscureció  
todos se van á sus casas,  
solo ellos y Ramón  
se recogen en la ermita  
ante la Madre de Dios.

Postrados de rodillas  
la piden con devoción  
que les depare su hija  
que hoy mismo se les perdió.

Ya se fueron á su casa,  
y luego sin detención  
dieron parte á la justicia  
y al punto determinó

que al otro día siguiente  
con la mayor precaución  
se registre todo el valle;  
la niña no pareció.

Dejaremos á sus padres  
que llorando en su aflicción,  
solo encomiendan su hija  
á la esperanza de Dios.

Transcurrieron doce años,  
sufrió la quinta Ramón,

donde cayó por soldado  
sin tener más redención.

Se despidió de sus padres  
con lágrimas de dolor,  
y abrazándose le dicen:

—¡Ah, hijo del corazón,  
que bien solitos nos dejás,  
llenos de pena y dolor!  
Si caemos en la cama,  
¿á quién pedimos favor?

El hijo les respondió:  
—Padres de mi corazón,  
no podemos remediarlo,  
mi suerte lo permitió.

Pero no desconfiéis,  
tener esperanza en Dios  
y la Virgen Soberana,  
Madre de consolación.

Al oír esto los padres  
se les parte el corazón,  
y sin poder resistirlo  
se desmayaron los dos.

Y suspirando decía  
con lágrimas de dolor:

—¡Adiós, padres de mi vida,  
echadme la bendición!  
Dejaremos á los padres  
en aflicción tan amarga,  
y sigamós á Ramón  
que se marcha á la campaña.

## SEGUNDA PARTE

Le tocó para Ultramar  
y al momento se embarcaba;  
llegó á la isla de Cuba,  
donde sujeto á las armas  
estuvo más de cuatro años  
recorriendo las montañas  
en busca del enemigo,  
según orden que le daban.

Cumpliendo ya su servicio  
de día en día esperaba  
tomar licencia absoluta  
para volver á su patria.

¡Oh, Virgen de la Esperanza,  
aquí mi pluma se para!

Un día salió Ramón  
á recorrer las montañas  
en busca del enemigo,  
según orden que le daban.

Camina muy bien armado;  
ya que llega á la montaña  
un indio se le presenta  
y le dice estas palabras:

—Dime, valiente español,  
¿quieres comprarme una blanca  
que solo tiene veinte años?  
Hoy mismo me la encontrara.

Al pié de un gran caballero  
la niña llorando estaba,  
me dijo quién es su padre,  
y que muerto á puñaladas  
por manos de unos ladrones  
que á ella la dejaban  
porque me vieron á mí  
y al momento se fugaban.

—¿Dónde la tienes, buen indio?  
—Recogida en mi cabaña,

si la queréis ver, venid,  
que bien sé que os agrada.

Dijole Ramón entonces:

—Vamos á ver á la blanca,  
como sea de mi gusto  
no recelaré comprarla.

Ya llegaron á la choza,  
apenas en ella entraran,  
encontraron á la joven  
en el suelo desmayada.

La echaron agua en el rostro,  
y algún tanto mejorada,  
apenas vió al militar  
de esta manera le habla:

—Compadecéos, señor,  
de esta joven desgraciada,  
que hoy mismo perdió á su padre,  
quién fué muerto á puñaladas.

—Decid, niña, vuestro nombre.

—A mí, Florentina me llaman,  
una servidora vuestra,  
Ordóñez me apellidaban.

Mi padre era don Jacinto,  
su naturaleza, Italia,  
amigo de correr mundo  
nunca paraba en su patria.

Venimos de Inglaterra  
dirigidos para España  
á cumplir una promesa  
á una imagen que se llama  
la Esperanza de Dios,  
según mi padre contaba,  
en el valle de la Almena  
un santuario se hallaba.

Respondió Ramón entonces:

—¡Oh, Reina tan soberana!  
esa es mi patria querida  
donde mis padres estaban.

¿Os queréis venir conmigo?

Os llevaré hasta mi casa,  
que aunque mis padres son pobres  
no os ha de faltar nada.

—Muchas gracias, caballero,  
siempre que yo viva honrada  
hasta el fin del mundo iré  
gozando vuestra compañía.

Preguntó Ramón al indio:

—¿Cuánto quieres por la dama?

—Es digna de compasión,  
para mí no quiero nada,  
sólo que miréis por ella  
y tratadla como hermana.

Alegres llegan á Cuba,

dejándola en una casa  
de mucho honor, que Ramón  
á menudo frecuentaba.

No pasaron muchos días  
cuando Ramón alcanzaba  
ya su licencia absoluta  
y se embarcan para España.

Prosiguen su embarcación,  
y ya que tierra saltaban  
en un tren de viajeros  
muy pronto se presentaban  
en la casa de Ramón,  
donde sus padres le abrazan;  
los parientes y vecinos  
solo á Ramón saludaban.

A la triste Florentina  
nadie la decía nada;  
princió á decir entonces  
el hallarse en tierra extraña.

Y la muerte de su padre  
en altas voces exclama:  
—¡Padre de mi corazón!  
¡Qué hija tan desgraciada  
dejaste sola en el mundo!  
¡Cuánto mejor estimara  
cuando te dieron la muerte  
que á mí también me mataran!

Apenas la oyó Ramón  
con amor la consolaba:  
—Calla, querida, no llores,  
que yo estoy en tu compañía.

Primero pierdo la vida  
que quedes desamparada;  
y los padres de Ramón  
á su hijo preguntaban:

—Dinos, ¿qué señora es esa?

Y Ramón les contestaba:

—Madre mía, está es mi novia,  
la traigo de tierra extraña.

Dejémosle descansar,  
y á otro día de mañana  
caminan al santuario.

Apenas en él entraban  
todos hacen oración  
á la Virgen Soberana,  
porque les trajo á Ramón  
sin novedad á la casa.

Saliéronse para fuera  
cuando un caballero entra,  
el que viendo á Florentina  
tiernamente la abrazaba,  
diciendo:—Hija querida,  
esta Virgen coronada

quiso que volviera á verte  
y aquí mismo te encontrara.

Sitio en donde te llevé,  
diez y seis años pasaron,  
y vengo á restituírte  
á los padres de tu alma.

Y Florentina le dice:  
—Pero, padre de mi alma,  
habiéndole visto muerto,  
cómo es que resucitaras?

Y don Jacinto responde:  
—La Virgen de la Esperanza  
quiso que yo no muriese  
de las fuertes puñaladas  
que los ladrones me dieron  
allá en aquellas montañas.

A Cuba fui, me curaron,  
y cuando á ti te buscaba  
me dijeron que una joven  
que Florentina llamaban,  
con un joven licenciado  
se embarcaron para España.

He cumplido la promesa,  
ahora solo falta  
el referirte tu historia  
de la tu vida pasada.

Hace diecisiete años  
que yo por aquí pasaba  
cuando la gente corría  
no sé por qué circunstancia.

A tí te encontré llorando  
solita y muy asustada,  
te pregunté por tu nombre,  
dijiste que te llamabas  
Gertrudis, y que tu padre  
Fernando Sánchez, estaba  
con tu madre Rafaela  
y que Ramón te acompañaba.

Viendo tu gran hermosura  
y la explicación tan clara,  
quise buscar á tus padres,  
pero luego me acordaba  
que mejor era llevarte  
para criarte en Italia.

Otra seña te daré,  
que cuando te desnudabas

te he visto una cicatriz  
en medio de las espaldas.

Te puse el nombre de Flora  
y á Flora me contestabas,  
si en algo te he ofendido  
pido si me perdonabas.

Mañana hago testamento  
por si la muerte me llama,  
tú mi única heredera,  
pues en el Banco de España  
tengo cuarenta mil duros  
y otros tantos en Italia.

Los padres que aquesto oyeron  
ambos á dos se abalanzan  
para abrazar á su hija;  
solo Ramón se quedaba  
inmóvil de tal manera,  
que parecia una estátua.

Abrazados á su hija  
su padre y su madre estaban,  
cuando la madre cayó  
en el suelo desmayada.

Y después de vuelta en sí  
en altas voces exclama:

—¡Hija de mi corazón,  
nacida de mis entrañas,  
no creí volverte á ver,  
mas la Virgen Soberana,  
al cabo de tanto tiempo  
volvió á traerte á mi casa!

Ahora vamos á Ramón,  
quien abrazando á su hermana,  
en altas voces decía:

—¡Viva mi querida patria!  
¡Viva mi padre y mi madre!  
¡Viva mi suerte afamada,  
que por traer una novia  
traigo mi querida hermana!  
¡Viva don Jacinto Ordóñez!  
¡Viva la Virgen Sagrada!  
¡Viva la noble justicia!  
¡Viva la paz en España!  
¡Viva todo el auditorio!  
Y no perder la esperanza,  
pues hay un refrán que dice:

«Quien á Dios busca, á Dios halla.»

FIN

MADRID.—Imprenta Universal, Cabestreros, 5.